



Una representación discursiva del espacio-tiempo social

*Mario Toboso
Guadalupe Valencia*

Introducción

EL VIEJO E inagotable problema del tiempo puede ser rastreado en variados y amplios campos del pensamiento humano. Las ciencias de la materia y de la vida, las disciplinas sociales y humanas y, en general, los lenguajes simbólicos lo han hecho suyo desde tiempos inmemoriales. La concepción del tiempo como sucesión o como duración; la distinción entre el tiempo de *cronos* y el del *kairós*; la reiterada distinción entre tiempo objetivo y subjetivo; e incluso la polémica acerca de si el tiempo es una realidad genuina o bien sólo existe como una relación, han sido los principales tópicos en la larga historia de los problemas teológicos, filosóficos, físicos y psicológicos relativos a la discusión en torno al tema.

Destaca, por la larga influencia que han ejercido a lo largo de los siglos, la concepción del tiempo de Aristóteles, quien lo define como “la medida del movimiento según el antes y el después” (Ferrater Mora, 1994:3496) y la reflexión de Agustín de Hipona, quien expone de manera muy original el meollo del problema del tiempo cuando exhibe la imposibilidad de la existencia del pasado y del futuro, y aloja en el presente las principales cualidades de la experiencia temporal: las de contener, en el presente, a un pasado que se vive como retención, como memoria, y a un futuro al que se propende como anticipación (Agustín de Hipona, 1991).

Una larga lista de autores que pueden considerarse como clásicos en el tratamiento del tiempo, permiten ubicar a éste en relación con otros problemas aparejados. Un tiempo independiente de las cosas, que fluye de manera uniforme sin relación con nada externo (Newton) se opone a otro en el cual

el tiempo no es sino un orden de relaciones, de sucesiones que pueden vincularse unas con otras (Leibniz) (Ferrater Mora, 1994:3499-3500).

El tiempo como forma de intuición a priori (Kant); como manifestación de la idea o el espíritu (Hegel); como duración (Bergson); como vivencia que puede diferenciarse de un tiempo objetivo o cósmico (Husserl); como determinación recíproca con el ser-ahí (Heidegger); como una dimensión que no es absoluta sino relativa al observador (Einstein); y acorde con éste último, como sincronía de variados transcurros que corren a la vez en cuanto tiempos (Zubiri); son solamente algunas de las maneras en las que el tiempo ha sido discutido. No cabe exponer aquí, en detalle, estos y otros muchos aportes teóricos en torno al tiempo. Baste con señalar que han sido la física y la filosofía, y sus mutuas influencias, los campos del conocimiento humano en los que el problema del tiempo ha sido tratado con profusión, aunque sin llegar a una concepción unitaria acerca de su existencia y de su naturaleza.

Para lo que aquí interesa —discutir acerca de una forma de representación del espacio-tiempo social— cabe aclarar que el tema del tiempo no ha sido ajeno, tampoco, a las ciencias sociales y a la sociología en particular. En efecto, el problema del tiempo ha estado presente, aun y cuando no siempre se ha reconocido así, en las teorizaciones que sobre la sociedad han hecho los grandes clásicos de la disciplina. Se atribuye a Durkheim el ser fundador de la “sociología del tiempo”, en cuanto a que situó al tiempo como una representación social, como una construcción colectiva que permitía el encaje y organización temporal de las actividades de individuos y grupos en sociedad (Durkheim, 1982). A la tradición durkheimniana en el estudio de tiempo, con Henri Hubert, Marcel Mauss y Maurice Halbwachs a la cabeza, debe agregarse aquella otra que se desarrolló en la sociología norteamericana representada, principalmente, con Sorokin y Merton (Pronovost, 1986:7-8). Sin pretensiones de exhaustividad debe destacarse, asimismo, la contribución de otros autores como Norbert Elias, quien concibe al tiempo como un “símbolo de altísimo nivel de abstracción”, construido social e históricamente a lo largo del proceso mismo de la civilización (Elias, 1989:45), así como de Georges Gurvitch quien elaboró una clasificación de la multiplicidad de tiempos sociales atendiendo a diversas escalas y niveles de análisis (Gurvitch, 1964), o la contribución de Eviatar Zerubavel, quien exhibe la condición cualitativa del tiempo en el significado de la semana y, en general, en el papel que los calendarios han jugado en diversas sociedades (Zerubavel, 2003). Por la centralidad que otorgan al tiempo como dimensión de inteligibilidad de lo social, pueden mencionarse a dos autores contemporáneos y de gran influencia en la sociología: Luhmann (1992) y Giddens (1995). En España destacan, también en la actualidad, las contribuciones de Durán (2007) en la interpreta-

ción de encuestas de uso del tiempo; de Ramos (1992) en el esclarecimiento de las dos vías por las que ha transitado la sociología del tiempo: la sociologización del tiempo y la temporalización de la sociología y sus análisis sobre los discursos sociales del tiempo; así como los aportes de Beriain (2005) al análisis de las representaciones y ritmos temporales de la modernidad.

Más allá de las diferencias entre los autores mencionados, podemos decir que sus contribuciones han abonado a la generación de un vasto acervo de conocimiento sobre el tiempo social. Pero también, y tal vez esto sea lo más importante, han conformado una perspectiva de análisis que se diferencia de los enfoques filosóficos y aquellos derivados de las ciencias “duras” para emplazar el problema del tiempo social en la escala que le corresponde —la de la historia social, la de las colectividades humanas— y sugerir las preguntas pertinentes al análisis de esta clase de tiempo.¹ En el fondo, han permitido ubicar el tiempo precisamente en la dimensión que interesa a las ciencias sociales: la de los tiempos, en plural, como construcciones históricas en las que se muestran las muy diversas experiencias temporales que derivan en complejos y heterogéneos usos y representaciones colectivas del tiempo. A dicha perspectiva corresponde el análisis de las percepciones y usos del tiempo en diversas sociedades, así como las orientaciones temporales, las métricas y los ritmos que las sociedades se han dado a sí mismas en arreglo a un tiempo compartido. En otras palabras: interesa de manera primordial a la sociología el estudio de los usos, de las representaciones y de las narrativas sociales sobre el tiempo.

Sobre esta línea de análisis, el diálogo y hasta cierta hibridación entre sociología y fenomenología, ha resultado de gran importancia y riqueza para el análisis del tiempo social. Ya señalaba A. Schütz siguiendo a Husserl, que el problema del significado “es un problema temporal: no un problema de tiempo físico, que es divisible y mensurable, sino un problema de tiempo histórico” (Schütz, 1993:42).

Merleau-Ponty, por su parte, intenta regresar al *cogito* una espesura temporal, al plantear la íntima indisolubilidad entre el tiempo y la subjetividad (Merleau-Ponty, 1997:408). Analizar el tiempo, dice, “no es derivar las consecuencias de una concepción preestablecida de la subjetividad, es acceder a través del tiempo a su estructura concreta” (Merleau-Ponty, 1997:418). Su noción de “campo de presencia” permite la conjugación de pasados y futuros

¹ Bien señala E. Klein que “a ojos de un físico, nuestra conciencia realiza de continuo operaciones imposibles, puesto que hace que coexistan, en torno al instante presente, fragmentos del pasado y del futuro, que el tiempo físico no presenta jamás a un tiempo” (Klein, 2005: 143).

en un presente en el que el sujeto experimenta el flujo temporal en el doble movimiento de retener el pasado (mediante el sistema de retenciones) y de proseguir el futuro (mediante el sistema de protensiones) (Merleau-Ponty, 1997:426).

En este marco de análisis, el objetivo del presente artículo es ofrecer una representación del espacio-tiempo social a partir de la noción de campo de presencia de Maurice Merleau-Ponty. Defendemos la idea de que el tiempo puede ser analizado, de mejor manera, si se considera que la articulación temporal entre el pasado, el presente y el futuro se ubica, metafóricamente, en una trama temporal en la que se conjugan memorias y expectativas sociales en el presente, antes que en una hipotética línea de sucesión en la cual el tiempo no es sino parámetro de ubicación de los fenómenos sociales. En dicha trama temporal, la palabra tiempo, con toda su carga de confusión y ambigüedad, puede abarcar tres formas temporalizadoras de la experiencia: simultaneidad (como cuando hablo de ser capaz de hacer dos cosas a la vez), sucesión (como cuando digo que acabaré de hacer algo) y duración (como cuando hablo de la falta de tiempo para terminar alguna tarea) (Klein, 2005:28).

La noción de campo de presencia puede enriquecerse a partir del análisis de los discursos sociales del tiempo, tal y como el que ofrece Ramón Ramos, y en el que distingue tres grandes metáforas en las narrativas que sobre el tiempo expresan algunos grupos de trabajadores. Estas son la del tiempo como recurso, como escenario y como horizonte.

La conjugación de estas tres maneras de percibir y de decir el tiempo, pueden ser planteadas también respecto del espacio. Esto nos permite hablar del “campo de presencia del sujeto” como un campo espacio-temporal: una representación discursiva cuya estructura puede ser vista como una trama hexadimensional en cuanto que conjuga tres tipos de representaciones (recurso, horizonte o escenario) para ambas dimensiones (el tiempo y el espacio), cuando éstas son percibidas y nombradas por individuos y grupos sociales.

Consideraciones fenomenológicas sobre los discursos sociales del tiempo

Ya decíamos antes que para el caso de las ciencias sociales, el tiempo se convierte en un problema de interrogantes, de escalas y, en gran medida, de reconocimiento de aquellas expresiones sociales en las que el tiempo puede ser aprehendido. En el fondo, se trata de postular las preguntas más adecuadas para el objeto que se debate —la organización temporal de la sociedad— en aquellas escalas en las cuales este objeto es reconocible.

Dos tipos de fenómenos —inseparables— permiten apreciar las diversas formas de organización temporal de grupos y de sociedades; estos son: los usos del tiempo y los discursos temporales. Podemos decir que el tiempo de las sociedades “se construye, se vive, se usa, se dice”; y recordar, desde luego, que en su construcción, en su utilización y en las formas mediante las que se nombra, el tiempo admite múltiples denominaciones y variadas formas de expresión.

En una investigación reciente Ramos ha estudiado el problema de la conciliación entre tiempo laboral y familiar en la España actual. Para su estudio analizó los discursos temporales de grupos de trabajadores, que se eligieron por ser representativos de diversas situaciones de vida y de sus correspondientes discursos sobre los tiempos familiares y laborales (Ramos, 2005:527).

Frente a lo instituido y representado, se ha pretendido rescatar en el contenido de los discursos de tales grupos el *tiempo vivido*, en cuanto tiempo del mundo de la experiencia real que viven los actores de carne y hueso que los conforman.

Las cuestiones planteadas en los grupos de discusión, aclara Ramos, no eran de carácter filosófico, sino ligadas al ámbito de la experiencia y a los intereses de los informantes. Abordaban problemas que tenían que ver con las transformaciones recientes del tiempo laboral y con las vivencias e interpretaciones que los trabajadores hacen de dichos cambios; con las modificaciones y adecuaciones al tiempo de ocio y a tiempo familiar; con las relaciones, en fin, entre los tiempos de la familia y los tiempos del trabajo (Ramos, 2005: 528).

Los muy variados problemas y resoluciones de la conciliación entre la familia, el trabajo y el ocio, evidentes en el desarrollo de los grupos de discusión, ponen de manifiesto que los actores sociales traducen dichos problemas en un lenguaje temporal. Los discursos sobre la experiencia, dice Ramos, “se presentan inmediatamente como discursos sobre el tiempo” (Ramos, 2005: 528). En definitiva, los discursos sobre el tiempo pueden ser reconocidos en cualquier forma de “decir la experiencia”, de “decir la vida” de los hablantes. Más que buscar el tiempo en sí mismo, cabe decir, con Ramos, que “sólo la exploración del mundo da con el tiempo, pues el tiempo es el mundo y está en él” (Ramos, 2007:171).

Así, el tiempo que se verbaliza en tales discursos no es un tiempo abstracto y alejado de la experiencia, sino ligado a la misma, un tiempo que se representa por medio de intuiciones y tópicos más o menos generales, y que se impone como un tiempo instituido que encorseta el sistema de las actividades sociales en sus tres componentes fundamentales: las actividades laborales, las actividades doméstico-familiares y las actividades de ocio. Ninguna

de ellas se vive ni se dice como si de un mundo aislado se tratase, sino como elementos de un sistema en el que se conjugan (mejor o peor) las unas con las otras. No hay, pues, trabajo, familia y ocio, y sus tiempos respectivos, sino el sistema de las actividades sociales y el correspondiente sistema social del tiempo (Ramos, 2005:528).

En el marco de análisis de los discursos sociales del tiempo encontramos la referencia a tres imágenes o metáforas muy recurrentes y especialmente operativas que aparecen en los grupos de discusión. Una representa el tiempo como un “recurso”; otra como un “escenario”; la tercera, como un “horizonte”. Cada una de las imágenes define un cierto punto de vista y es posible fundirlas, y pasar de una a otra como si fuesen variantes de lo mismo. Entendido como recurso, el tiempo es algo de lo que se dispone para hacer esto o lo otro, que se puede tener en mayor o menor medida, que se puede dar y recibir. Por otro lado, el tiempo es también un escenario externo en el que los sucesos se sitúan, que se desenvuelve según su propio ritmo y al que hay que adaptarse, porque no es posible apropiárselo (no es de nadie, es de todos); fluye al modo newtoniano sin referencia a nada, tiene su propio ritmo y es ineluctable en su despliegue; hace referencia a ese entramado temporal (horarios, calendarios) que permite la sincronización y el encaje de las actividades en un mundo social crecientemente complejo de tiempos jerarquizados. Por último, imaginado como un horizonte, el tiempo permite contemplar, desde una ubicación precisa en el presente, un panorama pasado y futuro potencialmente infinito. Atendiendo a su mayor o menor estructuración, el presente se ofrece como mediador problemático entre las dos vertientes (pasado y futuro) de ese horizonte temporal. El tiempo se fija así en tres metáforas discursivas que permiten verbalizar lo que, tal vez de otro modo, resultaría inexpresable (Ramos, 2005:536-541).

Según hemos señalado, el análisis fenomenológico del concepto de tiempo conduce a ver en la noción de “campo de presencia”, precisamente, el contexto temporal en el que se desenvuelven las acciones del individuo, en cuanto sujeto capaz de conocer y de actuar en el mencionado contexto, y donde todo acontecimiento debe integrarse para cobrar algún sentido en su quehacer (Valencia y Toboso, en prensa). La búsqueda de una idea de sujeto que surja desde el análisis de la temporalidad es el objetivo que guía la investigación del filósofo francés Merleau-Ponty en el marco de la fenomenología del tiempo. El modo en que se ofrece esta vinculación entre el sujeto y la temporalidad exige asumir que la subjetividad es temporal no porque esté en el tiempo, a la manera de un escenario externo en el que se ubicase, sino porque el tiempo es su propia forma, de manera que la subjetividad además de temporal es, ante todo, “temporalizadora”.

Podemos entender, por tanto, el tiempo como sujeto y el sujeto como tiempo, si bien resulta que esta temporalidad originaria no se reduce a una mera yuxtaposición de acontecimientos externos que se encajasen en el escenario de una línea temporal, sino que remite también a la vivencia que es capaz de mantenerlos conjuntamente dentro de un horizonte temporal conformado por las dimensiones constitutivas del pasado, el presente y el futuro. El marco en el que se integran todos estos elementos define el campo de presencia del sujeto, en cuanto individuo que vive en él su carácter constitutivo. Es en él donde el contacto inmediato del sujeto con el tiempo permite la aprehensión de tales elementos (Toboso, 2005).

Nuestra consideración fenomenológica de los discursos sociales aspira a mostrar que las representaciones ya mencionadas del tiempo como recurso, como escenario y como horizonte se hallan también inmersas en el marco temporal del campo de presencia y se derivan igualmente de la estructura de la temporalidad del sujeto. Sugerimos, por tanto, la existencia de una relación estrecha entre las tres metáforas temporales que aparecen en los discursos sociales y los elementos constitutivos que se extraen de un análisis fenomenológico de la experiencia del tiempo, como argumento a favor de una interesante línea temática de investigación interdisciplinar sobre tales representaciones sociales y su correlato subjetivo en el análisis fenomenológico de la experiencia del tiempo por parte de los individuos y colectividades que las elaboran.

Cabe destacar, como apunte metodológico, que no consideramos aquí una relación de competencia entre los puntos de vista sociológico y fenomenológico en pos de una explicación cabal de la naturaleza de la experiencia temporal. Antes bien, se propone una vinculación dialógica, en virtud de la cual no se considera que las representaciones del tiempo que surgen en los discursos sociales deriven propiamente del análisis fenomenológico, aunque tampoco se sostiene lo contrario, que tales imágenes se impongan a este análisis provenientes del discurso. La perspectiva en la que se sitúa nuestro estudio es aquella desde la que se rescatan los diferentes elementos de comunicación entre ambos puntos de vista.

Si volvemos a las tres imágenes del tiempo, ya mencionadas: la del recurso de que se dispone y en relación al cual soy sujeto activo; la del escenario externo en el que se sitúa todo lo que ocurre y en relación al cual soy sujeto pasivo; y la de un horizonte con dos direcciones contrapuestas desde el que contemplo lo ya ocurrido y lo todavía por ocurrir de manera pasiva, o bien en relación al cual puedo de manera voluntaria memorizar el pasado o prefigurar el futuro, notaremos que se trata de metáforas de marcado carácter espacial (de manera particular el escenario y el horizonte), con una función funda-

mentalmente práctica, pues en su marco cobra sentido la acción: lo que se hace, lo que a uno le ocurre, los sucesos que conforman la propia experiencia, el ámbito de las expectativas que futurizan la actualidad (Ramos, 2005). Vamos a referirnos a estas tres imágenes como “tiempo-escenario”, “tiempo-horizonte” y “tiempo-recurso”.

Estas imágenes pueden identificarse en el campo de presencia del sujeto, en cuanto contexto temporal en que sus acciones se desenvuelven y donde todo acontecimiento debe integrarse para cobrar algún sentido en su quehacer. Si nos remitimos a nuestro trabajo anterior (Valencia y Toboso, en prensa), observamos que es posible escindir la representación bidimensional del campo de presencia en dos elementos diferentes, vinculados a las categorías extensivas (antes/después) y a las categorías distensivas (pasado/futuro), respectivamente; tales elementos son la línea de los ahora, por un lado, y la pareja de vertientes o semiplanos pasado y futuro, por otro. Ambos elementos se combinan en dicha representación bidimensional, pues la línea de los ahora media entre tales vertientes, a la vez que las une, y éstas, por medio de su diferencia, dan cuenta de la citada línea, lo mismo que los dos planos diferentes de una bisagra que se articulan sobre el mismo eje.

Vamos a asociar la imagen del tiempo-escenario a la línea de los ahora, convenientemente metrizada por medio de una parametrización temporal. De la misma manera, proponemos que los diversos aspectos incluidos en la imagen del tiempo-horizonte se recogen en la pareja de vertientes pasado y futuro del campo de presencia. La combinación de ambos elementos que da lugar a la representación bidimensional de dicho campo correspondería, en esta asociación, a la imagen del tiempo-recurso, al tener en cuenta que tal imagen interpreta el tiempo como un recurso para la acción por parte de un sujeto, y que ésta tiene lugar precisamente en el marco de su campo de presencia.

La explicación de esta asociación triple toma en consideración el marcado carácter espacial, ya mencionado, propio de las dos primeras metáforas, las del tiempo como escenario y como horizonte. Atendiendo a este carácter hemos asumido que, en general, de la unión de un horizonte a un escenario resulta una estructura espacial adecuada para la acción. Notemos, a este respecto, que lo propio de un horizonte es acotar y delimitar un escenario aparentemente neutro, introduciendo en el mismo una perspectiva y un punto de vista que lo hacen apto para la acción. Así, por ejemplo, en un espacio físico hipotético (euclidiano) que fuese sólo escenario ilimitado, carente de diferencias, de marcas y de perspectivas, no sería posible el movimiento (ni la acción), ya que éste se define siempre con relación a un punto de vista, a un término de referencia; en resumen, a un horizonte.

Volviendo al ámbito de las nociones temporales vamos a interpretar que la imagen del tiempo-recurso (que hemos asimilado al campo de presencia, en cuanto marco temporal adecuado para la acción) resulta, en este caso, de la unión del tiempo-horizonte (las vertientes pasado y futuro del citado campo) al tiempo-escenario (representado por la línea metrizada de los ahora). Sugerimos así que el tiempo-recurso se interprete como una síntesis entre el tiempo-escenario y el tiempo-horizonte.

Recordemos, por otra parte, que la noción de temporalidad del sujeto (Valencia y Toboso, en prensa), relativa a su experiencia del tiempo en el contexto del campo de presencia, se obtiene a su vez como una síntesis dialógica entre sus dos componentes: la parametrización de la línea de los ahora y la distensión en términos de las categorías pasado y futuro del citado campo. Resulta prácticamente inmediato, a partir de las consideraciones precedentes, asociar a dicha parametrización la imagen del tiempo-escenario y a la distensión la del tiempo-horizonte; y teniendo en cuenta su relación, interpretar como un tiempo-recurso la noción de temporalidad del sujeto que las sintetiza.

El espacio-tiempo social como una representación discursiva hexadimensional

En uno de sus trabajos sobre la experiencia temporal, E. Jaques expresa la bidimensionalidad del tiempo por medio de la coexistencia de dos ejes temporales que denomina: el “eje de la sucesión” y el “eje de la intención” (Jaques, 1984:125). El primero admite la reconstrucción histórica de lo anterior y lo posterior en ese reino de la irreversibilidad que nos es tan familiar. El segundo atañe a la simultaneidad del pasado, el presente y el futuro conocida cuando, absortos en alguna tarea, logramos olvidarnos de la sucesión de los ahora, o bien cuando advertimos la existencia de memorias colectivas actualizadas en presentes que invocan lo que en el pasado fueron futuros posibles.

Además de su teoría bidimensional del tiempo, este autor formula un modelo pentadimensional de la acción humana. Jaques se pregunta cuántas coordenadas hacen falta para comprender la acción humana. Su respuesta es que a la cuarta dimensión (el tiempo) que Einstein introdujera en el sistema cartesiano de tres dimensiones espaciales (ancho, alto, profundo), habría que añadir la dimensión de la intención, el propósito, el sentido. Tenemos, con ello, un sistema pentadimensional que incluye, como quinta dimensión, la del mundo de la acción humana (Jaques, 1984:118-119).

Es ésta una idea que asoma también en el planteamiento de Elias quien sugiere pensar la representación del tiempo como un símbolo de muy alto nivel de abstracción correspondiente a una quinta dimensión simbólica añadida a las cuatro dimensiones del espacio-tiempo habitual einsteiniano (Elias, 1989:24-25). En términos generales, pasamos por alto el carácter simbólico del tiempo y del espacio cuando percibimos meramente el devenir de lo sucesivo. Pero la capacidad humana de clasificación del flujo del acontecer mediante categorías conceptuales como antes-ahora-después y pasado-presente-futuro da cuenta de esa quinta dimensión: la de la vivencia del tiempo que se expresa mediante símbolos de factura humana (Elias, 1989:25).

En el universo físico tetradimensional de Einstein, advierte Jaques, sólo interviene el eje temporal de la sucesión. El tiempo en la teoría de la relatividad sigue siendo el viejo tiempo del reloj, utilizado para datar puntos simultáneos distantes entre sí, de sucesos físicos. No vive ni palpita. En cambio, asegura, para construir una teoría adecuada del mundo social y psicológico se precisa incluir también el eje que da cuenta de la dimensión intencional, lo que nos lleva a un mundo de cinco dimensiones: tres espaciales más dos temporales. Así, el mundo de la acción, la predicción, la intención, el propósito y el sentido, es un mundo pentadimensional (Jaques, 1984:118). Jacques señala, además, que los dos ejes de la experiencia temporal (el eje de la sucesión y el eje de la intención) se pueden considerar análogamente a los tres ejes cartesianos según los cuales organizamos nuestra experiencia en el espacio (Jaques, 1984: 125).

La propuesta de un mundo social y psicológico pentadimensional resulta interesante, sin duda, porque enriquece su dimensión temporal para introducir al ser humano como sujeto constructor del mismo. Pero adolece de una carencia importante, y es que al ampliar a cinco las dimensiones del complejo espacio-temporal habitual (tetradimensional) deja invariable el espacio y, simplemente, se limita a agregar una nueva dimensión temporal (el eje de la intención) no distinguible en el acontecimiento tetradimensional. En tal ampliación, las cualidades espaciales de anchura, altura y profundidad continúan siendo meras dimensiones geométricas que no nos informan acerca de un espacio que, al igual que ocurre con el tiempo y la temporalidad, es susceptible de concepciones que dan cuenta de la espacialidad constituida por los seres humanos. En pocas palabras, puesto que el espacio remite también a una construcción social elaborada a partir de un acervo de conocimientos sedimentado a lo largo de las generaciones, es importante tomar en consideración una concepción del mismo en la que se destaquen sus características humanas y sociales, más allá de sus cualidades meramente geométricas y dimensionales.

Tal y como lo expresa Durkheim, el espacio no es ese medio vago e indeterminado que imaginase Kant; en esa forma pura y absolutamente homogénea sería totalmente inútil y ni siquiera el pensamiento podría captarlo. La representación espacial consiste esencialmente en una primera coordinación de la experiencia sensible. Sin embargo, tal coordinación no sería posible si las regiones y direcciones del espacio fuesen cualitativamente equivalentes o realmente sustituibles las unas por las otras. Para tener las cosas en el espacio es necesario que uno las sitúe diferentemente, unas a la derecha y otras a la izquierda, unas arriba y otras abajo, etc. El espacio no podría ser lo que es si no estuviese dividido y diferenciado, y estas diferencias parecen provenir del hecho de que un valor emocional distinto es asignado a dichas regiones y direcciones. Y como todos los individuos que pertenecen a una misma civilización imaginan el espacio de una manera parecida es inevitable que sus valores emocionales sean también similares, que sean casi necesariamente de origen social (Durkheim, 1982).

El espacio no es, pues, el entorno homogéneo que los filósofos han imaginado, sino una creación social que resulta de la complementariedad asimétrica que entraña cada civilización, y que lo envuelve todo. Si bien el espacio no puede separarse de sus determinantes naturales, cada cultura parece tener sus propios procedimientos rituales a través de los cuales se refleja la representación social del espacio en el que habita. Una simple aglomeración de cabañas o tiendas no se convierte en un poblado o asentamiento urbano hasta que su espacio es reconocido como substancialmente distinto del simple terreno, cuando los senderos que lo atraviesan son reconocidos como caminos (Illich, 1989:30).

En las sociedades preindustriales la distinción entre el “adentro” y el “afuera”, ya fuese de la ciudad, del cuerpo, del círculo, se situaba en la base de toda experiencia. La complementariedad disimétrica del interior y el exterior, de la derecha y la izquierda, constituía una experiencia profunda y de raíz. El espacio homogéneo indiferenciado, que trasciende esta distinción, remite históricamente a un tipo de experiencia cultural posterior, ajeno a tales sociedades. Se trata de un continuo que formalmente no fue experimentado en ellas, un continuo euclidiano que no es ni interior ni exterior, ni derecha ni izquierda. En las sociedades postindustriales, capaces de dar sentido a ese continuo geométrico, el “interior” y el “exterior” refieren sólo dos ubicaciones en un mismo espacio indiferenciado. Denominaciones como la propia “casa” y el “extranjero”, la “morada” y la “selva virgen” no se refieren sino a regiones, áreas o territorios tomados de una misma extensión espacial. En este espacio nivelado la gente puede ser colocada y domiciliada, pero no puede “morar”. Morar significa habitar las huellas y marcas dejadas por el propio

vivir, por las cuales uno puede rastrear la vida de sus ancestros. En este sentido fuerte el “morar” no puede ser realmente distinguido del “vivir”. En la mayor parte de las traducciones a otras lenguas, incluso no occidentales, “¿dónde vives?” y “¿dónde moras?” se han mantenido como expresiones sinónimas. Esta desusada constancia del significado indica que los verbos “vivir” y “morar” se han implicado tradicionalmente el uno al otro; el primero hace hincapié en el aspecto temporal del ser, el segundo en el espacial (Illich, 1989:43 y 25). La insistencia en un espacio “interior” diferente del “exterior” se plantea como defensa contra la geometrización de la propia intimidad y contra su reducción a una mera noción algebraica equivalente a un espacio homogéneo reducible a dimensiones cartesianas. Esta intrusión permitiría al espacio indiferenciado desollar la intimidad y de este modo extinguirla, tal como el círculo sagrado de Cartago fue socavado por Escipión (Illich, 1989:47).²

La mayor parte de las culturas tienen ojos que ven “realidades” que no pueden habitar en los continuos formales de la geometría, las matemáticas y la física. Ni los dioses griegos, ni los fantasmas de la cultura popular, ni los espíritus elementales de tierra, fuego, agua y aire, que según Paracelso en su tratado sobre las ninfas, las sílfides, los pigmeos y las salamandras, habitan los elementos, pueden morar en tales continuos cartesianos (Illich, 1989:48). El uso del sánscrito permite a la filosofía de la India aclarar las diferencias entre el espacio homogéneo y el espacio habitable (Filliozat, 1969), teniendo en cuenta la existencia de las siete sustancias, o clases de materia (*dravya*), que pueden adquirir propiedades (*gunas*). Cuatro corresponden a los elementos: agua, tierra, fuego y viento; el quinto es el tiempo (*rata*). Los otros dos están mezclados en nuestro concepto habitual de “espacio”, pero son distinguidos en sánscrito por dos palabras: una se refiere al “vacío” (*akasa*) indiferenciado que es el continente de todo, “ni largo ni corto, sin forma, sabor, olor, dimensión, sólo un recipiente”, y la otra al “vacío disimétrico”, el vacío organizado dentro del cual habitan los objetos (Illich, 1989:37). Para los griegos el “espacio” se refiere a “lo que no es”, por ello su matemática es una teoría sobre magnitudes visualizables que culmina en la estereometría y la construcción geométrica, que en las matemáticas occidentales, gobernadas por el

² El hecho de que Escipión asolase Cartago en la Tercera Guerra Púnica (146 a.C.) no significaba que hubiese terminado ahí la destrucción de la ciudad. Hasta que no hubo removido la tierra con el arado, no deshizo sus cimientos, su fundación. El surco sagrado tenía que ser revertido: aquellos terrones que en el ritual de la fundación habían sido cuidadosamente apilados en el interior tenían que ser devueltos al exterior. El espacio ideal de una ciudad sobrevive al arrasamiento de sus murallas, al enterramiento de sus edificios y a la esclavización de sus habitantes; sólo es erradicado cuando “el alma” de la ciudad haya sido apagada, extinguiéndose así su pretensión al tributo y permitiendo que la maleza devore el lugar (Illich, 1989:38).

símbolo abstracto del espacio infinito, constituye un tema elemental sin mayor consecuencia. Éstas constituyen una teoría de relaciones puras que culmina en el cálculo diferencial, la geometría de los espacios multidimensionales, etc., totalmente inconcebible para los griegos, por no ser visualizables.

El espacio euclidiano tridimensional, en el que las tres coordenadas rectangulares (anchura, altura y profundidad) son equivalentes, se ha venido identificando con el espacio *a priori* kantiano de la experiencia y la percepción. Pero la simple contemplación muestra que el espacio de la percepción visual y táctil no es euclidiano. En el espacio de la percepción las coordenadas no son en modo alguno equivalentes, sino que hay una diferencia fundamental entre izquierda y derecha, arriba y abajo, y delante y detrás. La organización estructural de nuestro propio cuerpo y el hecho de que esté sujeto a la gravedad introducen en la experiencia una perspectiva y un punto de vista desde el que se establece la desigualdad entre las dimensiones espaciales horizontal y vertical (Von Bertalanffy, 1993:241 y 246).

De la misma manera, la adopción de perspectivas o puntos de vista diversos trae asociada la representación de “espacios” diferentes. El ejemplo siguiente, tomado de la representación pictórica, sirve para ilustrar el desvelamiento de las propiedades relativas del espacio bajo puntos de vista distintos. Los grabados japoneses del periodo tardío aplican cierto tipo de perspectiva, conocida como perspectiva “paralela”, que difiere de la perspectiva “central” usada en el arte europeo desde el Renacimiento. Es sabido que a finales del siglo XVIII entraron en Japón tratados holandeses de perspectiva que fueron estudiados ávidamente por los maestros del grabado en madera (*ukiyo-e*), que adoptaron la perspectiva como un recurso para representar la naturaleza, pero sólo hasta cierto límite. En tanto que la pintura europea empleaba la perspectiva central, en la que el cuadro está concebido desde un punto focal, y así las líneas paralelas convergen en la distancia, los japoneses sólo adoptaron la perspectiva paralela, que entraña un modo de proyección en el que el punto focal cae en el infinito, de manera que las líneas paralelas no convergen. Podemos estar seguros de que no fue por falta de habilidad de artistas japoneses eminentes, como Hokusai y Hiroshige, que habrían de ejercer una influencia profunda sobre el arte europeo moderno. De seguro no les habría costado nada adoptar un recurso artístico que de hecho les llegaba a las manos como algo ya acabado. Se puede conjeturar, en cambio, que sintieron que la perspectiva central era falsa y contingente, por depender de los cambios en la posición del observador, y por ello no apta para la representación adecuada de la realidad (Von Bertalanffy, 1993:245).

A lo largo de los párrafos precedentes venimos prestando atención, por un lado, a la característica del espacio que permite situar en él, de una mane-

ra simultánea, diferentes objetos y acontecimientos. Se trata del espacio como mero territorio, como escenario y continente de las actividades humanas. Por otro lado, atendemos también a la territorialización de ese escenario por la introducción en el mismo de referencias, marcas, perspectivas u horizontes. Se trata de un proceso que a lo largo de la historia ha colmado el territorio de millones de huellas, de creación y de destrucción, que el ser humano ha ido dejando, que provee de referentes para moverse en el mundo. El espacio así territorializado, ritualizado, fundado, etc., remite a un espacio simbólico construido socialmente, en el que se desarrollan las acciones humanas, y que revela los modos mediante los que el poder, en cada etapa de la humanidad, ha monopolizado las cartografías que expresan mejor sus intereses.

Una bidimensionalidad espacial, como la que aquí se propone, conviene a la tarea de lograr el establecimiento de un vínculo entre la bidimensionalidad temporal ya referida (entre el eje de la sucesión y el de la intención) y la propia duplicidad analítica del espacio que puede ser visto, a una sola vez, como continente y como dimensión simbolizada de lo real. Dicho con Boaventura de Sousa: “la sucesión de tiempos es también una sucesión de espacios que recorreremos y nos recorren, dejando en nosotros las huellas que dejamos en ellos” (De Sousa Santos, 1991:116).

Para llevar a cabo nuestro análisis del espacio-tiempo social vamos a reinterpretar el espacio, a través de la óptica ya enunciada en el análisis de los discursos sociales del tiempo. En dicha lógica, imaginar el espacio-escenario es sencillo y casi evidente: se trata del territorio que acoge las huellas, marcas, referencias humanas; del continente en el cual se desarrolla la acción individual y colectiva. El “espacio-horizonte” será considerado como aquel que puede ser simbolizado —de hecho lo es— a partir de la apropiación y uso que de él se dé y que no puede sino ser una apropiación temporal, desde el presente, hacia pasados y futuros colectivos. La apropiación social de ruinas históricas, por un lado, y la prefiguración de espacios utópicos —de “topos”: lugar— como los que pensaran Moro y Campanella, por el otro, pueden ser un buen ejemplo del espacio-horizonte. Por último, interpretaremos como “espacio-recurso” el territorio simbólico recién aludido y, añadimos aquí, la idea del espacio como recurso de poder, como un bien en disputa que puede ser visualizado tanto en escalas pequeñas en las que se verifica la lucha por apenas un pedazo de terreno, hasta aquéllas en las que, bajo lógicas imperiales y otras formas de geopolítica, se contiene por el reparto mismo del mundo.

Al igual que en el caso del tiempo, de la consideración anterior, relativa al espacio, puede deducirse que el espacio-recurso es el resultado de una síntesis entre el espacio-escenario y el espacio-horizonte, al interpretar que

la unión de un horizonte a un escenario genera una estructura (espacial, en este caso) adecuada para la acción pues, como ya dijimos, el horizonte delimita, acota el escenario, introduciendo en el mismo una perspectiva y un punto de vista que lo hacen apto para la acción. Repitamos, a este respecto, que en un espacio hipotético que fuese sólo escenario ilimitado, indiferenciado, carente de perspectivas, no sería posible el movimiento, ya que éste se define siempre con relación a un punto de vista, a un punto de referencia, a un horizonte.³ Pensamos, entonces, que, además de que el escenario, el horizonte y el recurso constituyen metáforas e imágenes válidas aplicables tanto al tiempo como al espacio, la tercera de ellas (el recurso) se sitúa en un plano de elaboración conceptual superior a las dos primeras (el escenario y el horizonte), ya que se constituye a partir de su síntesis.

Así pues, hasta el momento tenemos tres imágenes del tiempo: tiempo-escenario, tiempo-horizonte y tiempo-recurso. Y otras tres del espacio: espacio-escenario, espacio-horizonte y espacio-recurso. Nuestra propuesta es que ambos conjuntos se vinculan entre sí para dar como resultado la representación del espacio-tiempo social como una estructura hexadimensional, elaborada sobre las metáforas “escenario”, que se desdobra en espacio-escenario y tiempo-escenario, “horizonte”, que se desdobra en espacio-horizonte y tiempo-horizonte, y “recurso”, que se desdobra en espacio-recurso y tiempo-recurso (Esquema 1).

Para ilustrar nuestra propuesta de una manera gráfica consideremos además la Figura 1 (a continuación del Esquema 1), a modo de representación esquemática de la estructura hexadimensional en la que se agrupan las seis variantes temporales y espaciales que venimos tratando: el tiempo-escenario y el espacio-escenario; el tiempo-horizonte y el espacio-horizonte; el tiempo-recurso y el espacio-recurso.

La Figura 1 representa una estructura espacio-temporal constituida sobre tres vértices o nodos asignados a las metáforas escenario, horizonte y recurso. A partir de cada uno de ellos se proyectan dos líneas o ejes, uno espacial y el otro temporal, lo que permite proponer una configuración de tres nodos que se desdoblan en el tiempo y en el espacio. Así, del nodo escenario derivan los ejes correspondientes al tiempo-escenario y al espacio-escenario. Del nodo horizonte derivan los ejes correspondientes al tiempo-horizonte y al espacio-horizonte. Y del nodo recurso derivan los ejes correspondientes al tiempo-recurso y al espacio-recurso. Como resultado obtenemos una representa-

³ Tratemos de imaginar, al respecto, si sería posible la acción sobre un escenario ilimitado de teatro, carente de marcas y cotas, de elementos de escena, de entradas y de salidas; carente, en definitiva, de los horizontes que motivan la acción de los actores dentro del mismo.

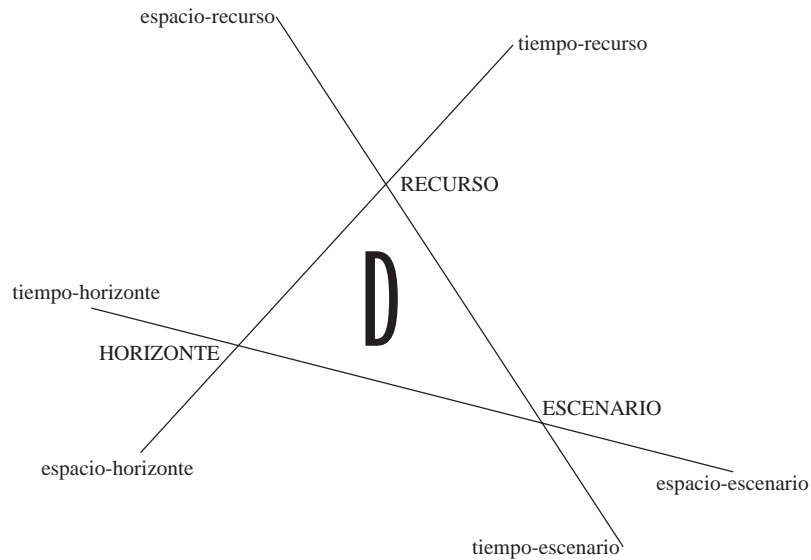
Esquema 1

El espacio-tiempo social como una estructura hexadimensional

<i>Metáfora</i>	<i>Espacio social</i>	<i>Tiempo social</i>
Escenario	Espacio-escenario como territorio (continente de las actividades humanas)	Tiempo-escenario como sucesión: relaciones de causalidad (antes-ahora-después)
Horizonte	Espacio-horizonte socialmente constituido (territorialización y espacialización)	Tiempo-horizonte como duración: presente como gozne entre pasados y futuros
Recurso	Espacio-recurso socialmente significado (huellas y marcas sociales)	Tiempo-recurso como dispositivo colectivo de la intención: memoria, proyecto, utopía

Figura 1

El espacio-tiempo social como una estructura hexadimensional



ción hexadimensional del espacio-tiempo social. La figura humana dentro del triángulo de la Figura 1 representa al sujeto, cuya experiencia dentro de su espacio-tiempo social se ve así “contenida”, en un doble sentido,⁴ por las tres metáforas (escenario, horizonte y recurso) que conforman los nodos de la estructura hexadimensional. Notemos también que la metáfora recurso se sitúa en la Figura 1 en un plano conceptual superior a las metáforas escenario y horizonte, ya que se constituye a partir de la síntesis de éstas. Si tenemos en cuenta lo expuesto en el presente trabajo y nos remitimos a nuestro artículo anterior (Valencia y Toboso, en prensa), en el que nos limitamos únicamente al estudio de aspectos temporales, resultará inmediato asociar la parte estrictamente temporal de la estructura hexadimensional que aquí consideramos como la representación del espacio-tiempo social a la representación bidimensional del campo de presencia mostrada en la Figura 1 de Valencia y Toboso (en prensa).

Para concluir, cabe introducir tres tipos de consideraciones, estrechamente vinculadas, sobre la naturaleza del campo hexadimensional que proponemos. La primera es el reconocimiento de la prerrogativa del presente en todo análisis del espacio-tiempo social. Pasados y futuros sólo lo son desde el presente —como bien lo supo ver Agustín de Hipona—, pero también los espacios —como continentes, como recursos o como horizontes de la acción— existen únicamente desde la perspectiva de un sujeto que los construye, los simboliza, los utiliza y los narra desde su propio presente. La segunda es la constatación de que las metáforas sociales sobre el tiempo (escenario, recurso y horizonte) expresan también, de alguna manera, las diversas y a veces opuestas concepciones que sobre el espacio y el tiempo se han desarrollado en la época moderna. Estas son, fundamentalmente: las del espacio y el tiempo vistos como realidades en sí mismas, independientes de las cosas; como propiedades de las cosas y como relaciones entre las cosas (Ferrater Mora, 1994:3499). La tercera es la que nos obliga a distinguir la diversa naturaleza del tiempo y del espacio, aun en el interior de dicho campo. La razón es muy sencilla: podemos desplazarnos por el espacio tanto como nos lo permita nuestro cuerpo y nuestro presupuesto, pero no podemos regresar al pasado ni visitar el futuro. Estamos, por decirlo así, encadenados al presente por lo cual, para decirlo en palabras de E. Klein “una ida y vuelta en el espacio es siempre una ida, sin retorno, en el tiempo” (Klein, 2005:87).

Recibido: mayo, 2007

Revisado: agosto, 2007

⁴ En un sentido, “contener” es retener algo en el propio interior; en el otro, mantenerlo a raya, ponerle un dique, sujetarlo (Ramos, 2005:529).

Correspondencia: M. T.: C/Pinar, 25/Madrid 28006/España/tel.: (+34) 91 411 10 98 ext.: 293, Fax: (+34) 91 564 52 52/correo electrónico: mtoboso@ifs.csic.es; G. V.: CEIICH/Torre II de Humanidades, 6º piso/Ciudad Universitaria/Coyoacán, C. P. 04510/México, D. F./tel.: 56 23 04 40/correo electrónico: valencia@servidor.unam.mx

Bibliografía

- Agustín de Hipona (1991), *Confesiones*, México, Ed. Paulinas, S. A., 23a ed.
- Beriaín, Josetxo (2005), "La construcción social de la discontinuidad histórica", en G. Valencia (coord.), *Tiempo y espacio. Miradas múltiples*, México, CEIICH-UNAM/Plaza y Valdés, 2005.
- De Sousa Santos, Boaventura (1991), "Una cartografía simbólica de las representaciones sociales", *Nueva Sociedad*, 116, noviembre-diciembre, pp. 18-29.
- Durán, María Ángeles (2007), *El valor del tiempo ¿Cuántas horas te faltan al día?*, Madrid, Espasa.
- Durkheim, Émile (1982), *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal.
- Elias, Norbert (1989), *Sobre el tiempo*, México, FCE.
- Ferrater Mora, José (1994), *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel.
- Filliozat, Jean (1969), "Le temps et l'espace dans les conceptions du monde indien", *Revue de Synthèse*, vol. 90, pp. 281-295.
- Giddens, Anthony (1995), *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Gurvitch, Georges (1964), *The spectrum of social time*, Dordrecht (Holanda), Reidel.
- Illich, Iván (1989), *H₂O y las aguas del olvido*, Madrid, Cátedra.
- Jaques, Elliott (1984), *La forma del tiempo*, Buenos Aires, Paidós.
- Klein, Étienne (2005), *Las tácticas de cronos*, Madrid, Siruela (Biblioteca de ensayo).
- Luhmann, Niklas (1992), "El futuro no puede empezar: estructuras temporales en la sociedad moderna", en Ramón Ramos (comp.), *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS/Siglo XXI, pp. 161-182.
- Merleau-Ponty, Maurice (1997), *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Península.
- Pronovost, Gilles (1986), "Introduction: Time in a Sociological and Historical Perspective", *International Social Science Journal*, núm. 107, pp. 5-18.
- Ramos, Ramón (2007), "Presentes terminales: un rasgo de nuestro tiempo", en Juan A. Roche Cárcel (ed.), *Espacios y tiempos inciertos de la cultura*, Barcelona, Anthropos (Cuadernos A, temas de innovación social, núm. 25), pp. 171-181.
- (2005), "Discursos sociales del tiempo", en Guadalupe Valencia (coord.), *Tiempo y espacio: miradas múltiples*, México, CEIICH-UNAM/Plaza y Valdés, pp. 525-544.
- (1992), "Introducción", en Ramón Ramos (comp.), *Tiempo y sociedad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI (Colección Monografías, núm. 129).

- Schütz, Alfred (1993), *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*, Barcelona, Paidós.
- Toboso, Mario (2005), "En torno a la aprehensión del transcurso del tiempo", en Guadalupe Valencia (coord.), *Tiempo y espacio. Miradas múltiples*, México, CEIICH-UNAM/Plaza y Valdés, pp. 231-274.
- Valencia, Guadalupe y Mario Toboso (en prensa), "Aspectos sociológicos y fenomenológicos en el análisis del tiempo", *Acta Sociológica*.
- Von Bertalanffy, Ludwig (1993), *Teoría general de los sistemas*, Madrid, FCE.
- Zerubavel, Eviatar (2003), *Time Maps: Collective Memory and the Social Shape of the Past*, Chicago, The University of Chicago Press.

